Cronicas Amorosas Pro Convencionales

Arthur Neght

Capítulo 1

Una mirada en despropósito

Si me pongo de pie y me levanto lo suficiente para ver de frente sobre el cubículo donde trabajo, en línea recta aproximadamente a veinte metros puedo ver la pared de otro igual; ese cubículo no se diferencia al de todos en esta oficina en tamaño, color, incluso silla o estantes, el encanto particular es su ocupante, todos aquí hacemos las mismas cosas; llevar, mandar, hacer reclamos con sus respectivas guías de envió, ocasionalmente alguna devolución o pedido especial, pero extraño encantamiento guarda y provoca que haciendo lo mismo, las similitudes no se aplican en ella.

Es imposible separar su saludo de su sonrisa, esa primera vez frente a ella y dirigirle mi mano, un mal cálculo en la distancia tuvo como resultado nuestros rostros unos centímetros uno del otro, lejos de incomodar jugamos con nuestras miradas y ella rio animosamente, para dar media vuelta y desaparecer, fue en esos instantes increíblemente largos, llenos de lucidez donde mi respiración se detuvo, pude ver de cerca su frente, sus ojos, y el lado izquierdo de su nariz, termine convenientemente uniendo ese recuerdo con la primera vez que la vi.

Me gusta su cabello de color negro el cual termina a medio cuello, tiene el habito de jugar con sus dedos a forma de peine; su piel tersa me hace imaginar que tan suave puede ser, luce demasiado joven, su estatura la hace percibir ágil, ni alta ni baja suficiente para distinguirla sin un esfuerzo, pasa entre pasillos a veces con pasos tímidos, otras veces pasos relajados y otros apremiantes.

Tiene una forma de vestir variada, cuando la conocí prefería las faldas largas con diferentes detalles en encaje o listones de colores, faldas naranjas, rojas, azules o blancas con flores bordadas, ahora prefiere pantalones de vestir entallados y blusas que le dan la apariencia de ejecutiva, aunque no por eso deja de usar jeans o vestidos a media rodilla, cuando ella lo decide o el clima lo permite; son de su agrado bellos pasadores que acomoda en su pelo cerca de la frente, algunas veces emplea una pequeña liga que la ayuda a formar una muy original cola de caballo, donde la mayoría de su cabello cae a los lados y solo un poco es tomado por la liga, lo que la hace ver complicadamente bonita.

No tenemos una relación ni remotamente cercana, para mi infelicidad soy una especie de fantasma, de esos que no se ven ni se escuchan, ni se manifiestan por evocación o casualidad; hay algunos instantes que adopto en mi imaginación que como rayos de sol atraviesan las nubes, y cuando llegan a un punto de la tierra la tocan iluminándola para desparecer como espiraciones de polvo brillante igual que cuando cerramos una cortina, no

importa cuanto duren estos instantes y mi capacidad limitada para conservarlos de forma precisa en cada uno de ellos sonrió suspirando o suspiro sonriendo, pero como adicto vivo uno a la vez, sigo por la mañana con mi mirada su camino a la cafetería, a veces de gesto dulce casi riendo y otras veces le acompaña un gesto retraído, ese instante de cercanía, una cercanía ficticia, afortunada consecuencia geográfica de un pasillo que me sitúa en su paso, mas esmerado es mi intento de coincidir algunos minutos en el comedor, reduciendo distancias, intento sin convicción no voltear en su dirección, pero tenuemente mi voluntad abandona mi ojos y oídos, que buscan mirarla y escucharla.

Me agrada las palabras que hablen de ella, por instantes me abandono a todo lo que me provoca, pasión, deseo, ternura, alegría, impulsos latentes, que de alguna manera sujeto; invento dejar mi mente en blanco y olvidar su existencia, para terminar atrapado con la boca de mi estomago sintiendo un vacio muy diferente al hambre a la vez que mi corazón golpea fuertemente cuando me sorprende observándola.

No acepto mi condición etérea y busco la forma de encarnar, de guardar sus ojos en mí, dejar de desaparecer, compartir ambos de alguna forma el mismo instante.

Oficinista al Norte de la Ciudad de México